

Frankenstein o El moderno Prometeo

Mary W. Shelley

Prólogo: **Liliana Bodoc**

Estudio: **María Cristina Figueredo**

loqueleo

Por Liliana Bodoc

Frankenstein-Einstein

Si tuviésemos que dibujar el monstruo que nació en el laboratorio de Victor Frankenstein, casi todos acabaríamos haciendo, con mayor o menor pericia, un retrato similar.

Conocemos a esa criatura, creemos conocerla: un ser de proporciones gigantescas, con aspecto más torpe que feroz. Una mole de músculos sin gracia. Un collage biológico con algunas costuras a la vista.

Es que el "hijo" de Victor Frankenstein tiene el rostro que le puso el cine. Y no solo el rostro... Tiene también la matriz psicológica y el destino que el cine eligió para él. En cierto sentido, las construcciones de los lenguajes audiovisuales, en sus versiones reflexivas, comerciales o paródicas, pesan en nosotros mucho más que la construcción literaria de Mary Shelley, autora de *Frankenstein*. No hay en esta afirmación ningún intento por menospreciar la potencia virtuosa del arte cinematográfico. Ni por poner en tela de juicio su innegable derecho a la autonomía. Libre, entonces, para seleccionar, priorizar y hasta tergiversar en

pos de su propia eficiencia. Se trata solamente de adscribir a la idea de que el Frankenstein cinematográfico supera, precede y reemplaza al Frankenstein literario.

Visto de esta manera, es posible decir que leer la novela que Mary Shelley escribió en las primeras décadas del siglo XIX es conocer la "verdadera historia de Frankenstein y su monstruo". Y digo "verdadera" por decir original.

Entre un titiritero y su títere, como entre el demiurgo y su criatura, hay una misteriosa continuidad. Una zona que les pertenece a ambos y a ninguno. Un hilo conductor con un alma en cada extremo, que impide decidir dónde termina uno y dónde comienza el otro. Es ese el espacio estremecedor en el que nos sitúa la novela de Mary Shelley.

Por un lado, el joven científico Victor Frankenstein. Por otro lado, el monstruo, resultado vivo de sus maniobras biológicas. Y al fin, el espacio entre ambos: una red capaz de estirarse el ancho de todo un continente, sin jamás romperse. Hombre y engendro, genio y monstruo... Y en el medio, nosotros, los lectores, yendo de uno a otro, escuchando las razones de ambos. Alternando nuestra simpatía. En esta última instancia se sostiene la fuerza de la narración. Y junto a ella, el placer de la lectura.

La novela de Mary Shelley es como un sinuoso y terrible cordón umbilical que no transporta fluidos vitales, pero sí grandes culpas, dolores y furias que acaban en sangre.

Esta es la zona de terror que podemos esperar de la lectura de *Frankenstein*. El lugar donde se cruzan dos sombras, ¿a quién le pertenece?

De los numerosos ejemplos que, a este respecto, ofrece la novela, creo que uno de los más interesantes es la persecución. Creador y criatura se persiguen en una especie de cinta de Moebius. Ellos generan y comparten el espacio de una cacería bidireccional, jugando a un tiempo los roles de presa y de cazador. Llegan, incluso, a facilitar la persecución del enemigo como una manera de perseguir. Así, el monstruo le dice a Frankenstein: "Sígueme; pienso dirigirme a los hielos eternos del polo norte. Allí sufrirá el frío, al que yo soy insensible. Si me sigue de cerca, encontrará, algo más adelante, una liebre muerta; coma y recupere sus energías. ¡Coraje, enemigo!"...¹

Y los lectores allí, en un tiempo y en un territorio que sólo existen como consecuencia de esta particular relación.

Frankenstein es el minucioso relato de un científico que se entrega con "fervor sobrehumano" a investigar el origen de la vida. Su curiosidad lo obligará a acercarse a la muerte. Su determinación le costará el alma. Gracias a su conocimiento y a un trabajo "increíblemente fatigoso", Frankenstein descubre el modo de regenerar la materia inerte, de crear vida.

La novela de Mary Shelley se apoya en los saberes científicos de la época. Y toma, como sustento del verosímil, los efectivos avances de la química y la medicina modernas. También, y muy especialmente, toma los experimentos de electricidad que para entonces se realizaban. No obstante, lo hace sin adentrarse demasiado en la explicación "dura"

1 Página 315 de esta edición.

de este descomunal hallazgo científico. La novela es muy cautelosa a la hora de dar detalles del método. Y aunque jamás se aparta de las causas racionales, apenas si sugiere los principios que posibilitaron el éxito del experimento. Este silencio, quizá más obligado que elegido, protege la verosimilitud de la novela. Y permite a los lectores aceptar sin incomodidad el núcleo argumental para concentrarse en las consecuencias personales, afectivas, sociales y simbólicas de este acontecimiento.

Frankenstein, el científico, alzó su puño hacia el cielo. Lo hizo sin prever que, con eso, acarreaba para sí mismo y sus seres amados una desdicha interminable.

En este sentido, el relato de Mary Shelley es implacable. No habrá reposo ni consuelo para el "soberbio". El que ansió demasiado y ambicionó la eternidad deberá pagar un alto precio. Y por mucho que los lectores, compenetrados con el dolor de Frankenstein, esperemos un remanso, ese remanso difícilmente llegará.

Quienes avanzan portando la bandera del conocimiento, ¿pueden atravesar todos los límites? ¿Debe, la ciencia, limitarse por razones de ética? ¿Puede, sin más, negarlas o desconocerlas? ¿O será que los preceptos éticos, lejos de ser inmutables, van adecuándose al desarrollo científico y técnico de la humanidad?

El problema de cuáles deben ser los límites de la ciencia, si es que tales límites son aceptables, tiene, hoy, una especial vigencia. La ingeniería genética, la clonación y las expectativas puestas en la posibilidad de seleccionar determinados rasgos o características, en detrimento de otras, hacen que estos temas ocupen un lugar principal en los debates filosóficos, morales y religiosos. Hay, de hecho,

sectores sociales que rechazan los trasplantes de órganos y hasta las transfusiones sanguíneas.

Así, los grandes temas que Mary Shelley desarrolla en su novela resultan del todo actuales. Y cada palabra y cada duda que expresan los personajes de *Frankenstein* a lo largo de la narración podrían estar en boca de algunos de nuestros científicos. En los momentos de auge optimista, cuando el hombre de ciencia cree que puede, y debe, intentarlo todo, muchos acordarían en decir: "El trabajo de los hombres geniales, aunque siga un rumbo equivocado, se revela siempre, en última instancia, como beneficio al género humano"². Pero cuando los avances del conocimiento son, de un modo u otro, puestos al servicio de causas inhumanas (podemos pensar en Albert Einstein y la bomba atómica sobre Hiroshima), es posible que cobren validez otros párrafos de la novela. "A lo largo de dos años había trabajado encarnizadamente con el solo objeto de otorgar la vida a un organismo inanimado. Para lograrlo me había privado del necesario descanso, puesto en serio peligro mi salud, sin que ninguna moderación pudiera apaciguar mi fervor. Y, sin embargo, cuando mi obra ya estaba lista, mi sueño perdía todo atractivo y una repulsión invencible se apoderaba de mí"³.

Leer *Frankenstein* es leer la novela que dio origen al "monstruo paradigmático". Es leer, sin dudas, una reflexión sobre la ciencia. Leer *Frankenstein* es situarse en la fron-

2 Página 80 de esta edición.

3 Página 94 de esta edición.

tera compartida entre un monstruo y su creador. Pero también es leer una historia atravesada por la fuerza de la amistad. *Frankenstein*, de Mary Shelley, no olvida la intimidad de sus personajes, ni sus sueños personales. Al contrario, el tópico central, creador-criatura, está siempre ligado a los afectos, las esperanzas y los deseos incumplidos de sus protagonistas.

Quizá tanto el científico como su "hijo aborrecido" solo deseaban los bienes más sencillos que puede ofrecer la vida. Pero eso no era posible para ninguno de los dos. Porque, parafraseando a uno de sus protagonistas, la manzana ya estaba mordida y el brazo del ángel, listo para quitarles toda esperanza.

Introducción de la autora¹

Los editores de Standard Novels, al seleccionar a *Frankenstein* para una de sus series, expresaron su deseo de que les proveyera el relato del origen de la historia. Por mi parte, me siento muy deseosa de complacerlos porque de esta manera daré una respuesta general a la pregunta que tantas veces me han hecho: ¿Cómo a mí, por entonces una jovencita, se me ocurrió pensar en –y meditar sobre– una idea tan horrorosa? Es cierto que siento aversión por publicar algo sobre mí misma, pero, como mi relato solo aparecerá como un apéndice de una producción previa, y como estará confinado a temas que estén conectados con mi autoría solamente, no puedo acusarme de hacer que mi vida personal se entrometa en mi obra.

No es extraordinario que, como hija de dos personas de distinguida celebridad literaria, yo haya pensado en escribir a edad muy temprana. De niña garabateaba, y mi pasatiempo favorito durante las horas que me daban para la recreación era "escribir historias". Pero tenía un placer aún más querido que este y era el de construir castillos en

¹ Introducción de Mary W. Shelley a la edición de 1831 de *Frankenstein*. Traducción y notas: María Cristina Figueredo.

el aire –la indulgencia de los sueños de la vigilia–, seguir un tren de pensamientos que tenía por objeto la formación de una sucesión de incidentes imaginarios. Mis sueños eran a la vez más fantásticos y más agradables que mi escritura. En esta última, yo solo era una imitadora; se trataba de hacer lo que otros ya habían hecho más que expresar las sugerencias de mi propia mente. Lo que escribía tenía como destinataria solo a una persona además de yo misma –mi amiga y compañera de la infancia²– pero mis sueños eran solo míos; no se los relataba a nadie. Eran mi refugio cuando estaba molesta y mi mayor placer cuando me sentía libre.

De jovencita, viví principalmente en el campo y pasé una considerable cantidad de tiempo en Escocia. Visité ocasionalmente las partes más pintorescas, pero mi residencia habitual estuvo en la solitaria y monótona costa norte del río Tay, cerca de Dundee.³ Solitaria y monótona, la llamo retrospectivamente, pero no me parecía de ese modo en aquel entonces. Esa costa representaba un nido de libertad y el territorio placentero donde sin vigilancia podía comulgar con las criaturas de mi fantasía. En ese entonces escribía, pero en un estilo más convencional. Fue debajo de los árboles de los terrenos que pertenecían a nuestra casa, o en las negras laderas de las montañas sin vegetación de la cercanía, que mis verdaderas composiciones –los altos vuelos de mi imaginación– nacieron y se criaron. No me imaginaba a mí misma como la heroína de mis historias. La vida me parecía un asunto demasiado ordinario y convencional en lo que a mí concernía. No podía imaginar que

2 Mary mostraba sus escritos a su amiga de la infancia, Isabel Baxter. (*N. de la T.*).

3 Mary Shelley pasó allí unos quince meses (junio-noviembre de 1812, junio de 1813-marzo de 1814) con la familia de William Baxter. (*N. de la T.*).

tales lamentos románticos o maravillosos eventos pudieran alguna vez formar parte de mi existencia. Pero no estaba confinada a mi propia identidad, y podía poblar las horas con creaciones mucho más interesantes para mí a esa edad que mis propias sensaciones.

Después mi vida devino menos ociosa y la realidad tomó el lugar de la ficción. Mi esposo, sin embargo, desde el principio se mostró ansioso de que yo probara ser digna de mi linaje y me enrolara en las páginas de la fama. Constantemente me alentaba a construir una reputación literaria, la cual incluso por mi parte deseaba en aquel entonces (aunque ahora me he vuelto infinitamente indiferente hacia ella). En aquel momento, él deseaba que yo escribiera, no tanto con la idea de que pudiera producir algo digno de ser destacado, sino algo para que él mismo pudiera juzgar hasta qué punto yo poseía la promesa de mejores cosas por venir. Sin embargo, no produje nada. Los viajes y el cuidado de mi familia ocupaban mi tiempo. Y el estudio, en forma de lecturas, o el progreso de mis ideas en comunicación con su mente, mucho más cultivada que la mía, representaba todo el empleo literario que ocupaba mi atención.

En el verano de 1816, visitamos Suiza y tuvimos como vecino a lord Byron. Al principio pasábamos nuestras horas de ocio en el lago o paseando por sus costas. Y lord Byron, que en aquel momento estaba escribiendo el canto tercero de *Childe Harold*, era el único entre nosotros que ponía sus pensamientos por escrito. Estos, tal como él nos los refirió sucesivamente, cubiertos con toda la luz y la armonía de la poesía, parecían estampar como divinas las glorias del cielo y la tierra, cuyas influencias nosotros compartíamos con él.